

El Sacro Imperio en la Edad Media

PEDRO MARTÍNEZ GARCÍA



SINE QVA NON

Monografías de Historia Medieval, 6



Pedro Martínez García

El Sacro Imperio en la Edad Media



SINE QVA NON

Monografías de Historia Medieval, 6

Dirección de la serie: Carlos de Ayala Martínez

© *El Sacro Imperio en la Edad Media*
Pedro Martínez García

Esta edición es propiedad de EDICIONES DE LA ERGASTULA y no se puede copiar, fotocopiar, reproducir, traducir o convertir a cualquier medio impreso, electrónico o legible por máquina, enteramente o en parte, sin su previo consentimiento. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

© de los textos: Pedro Martínez García

© de las ilustraciones: Sus autores

Ediciones de La Ergástula ha realizado todos los esfuerzos posibles para conocer a los propietarios de todas las imágenes que aquí aparecen y por obtener los permisos de reproducción necesarios. Si se ha producido alguna omisión inadvertidamente, el propietario de los derechos o su representante legal puede dirigirse a Ediciones de La Ergástula (info@laergastula.com).

© Ediciones de La Ergástula, S.L.
Calle de Béjar 13, local 8
28028 – Madrid
www.laergastula.com

Diseño y maquetación: Ediciones de La Ergástula
Imagen de portada: Enrique VII cruzando los Alpes, *Codex Balduini Trevirensis*
(LHA Ko Best. 1C Nr. 1 fol. 7) Landeshauptarchiv Koblenz.

I.S.B.N.: 978-84-16242-59-7
Depósito Legal: M-18770-2022
Impreso en España – *Printed in Spain.*

A mi madre

ÍNDICE

Agradecimientos.....	11
Preámbulo	13
El Sacro Imperio y Alemania.....	13
Estructura	18
Capítulo 1.	
Carlomagno y el origen del Imperio	21
Los últimos carolingios.....	30
Capítulo 2.	
La dinastía sajona. Restauración y <i>renovatio</i>	39
Enrique el Pajarero. <i>Fortuna atque mores</i>	42
Otón I: rey y emperador.....	45
Otón II y Teófano Skleraina	51
Otón III y la <i>renovatio imperii Romanorum</i>	56
Enrique II y la <i>renovatio regni Francorum</i>	60
Capítulo 3.	
Los salios. Ruptura y unidad.....	65
Conrado II: Espira y <i>aurea Roma</i>	65
Enrique III, la esperanza del imperio	72
Agnes de Poitiers <i>Imperatrix Augusta</i>	78
Enrique IV y la querrela de las investiduras.....	81
Enrique V y el Concordato de Worms.....	88

Capítulo 4.

La era Staufen y el Sacro Imperio.....	93
Conrado III Staufen y la casa de Welf	95
Federico Barbarroja y el honor del imperio	97
<i>Dominium mundi</i>	102
Los años finales de Barbarroja. Enrique el León y la cruzada de los reyes.....	108
Enrique VI y la <i>unio regni ad imperium</i>	111
Felipe de Suabia y Otón IV. La lucha por el trono alemán	115
Federico II <i>stupor mundi</i>	121

Capítulo 5.

La Baja Edad Media. Los Habsburgo, los Luxemburgo y los Wittelsbach.....	129
El gran interregno	129
Los Habsburgo y el poder bohemio.....	133
Enrique VII de Luxemburgo y la vuelta de los emperadores.....	138
Luis el Bávvaro y los Wittelsbach.....	141
Carlos IV de Luxemburgo y la muerte negra.....	146
1356: la bula de oro y la Liga Hanseática.....	153
Wenceslao I y Roberto I. Entre Praga, Aviñón y Heidelberg.....	157
Segismundo de Luxemburgo. Concilios y guerras husitas	163
El imperio de los Habsburgo a fines de la Edad Media	171
Cronología y mapas	181
Bibliografía.....	189
Glosario	211

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido posible gracias al apoyo y a la infinita paciencia de mi familia, por lo que quiero dedicar estas primeras frases para agradecer a mi madre, Inma, y a mi mujer, María, el ánimo y el empuje que me han ofrecido a lo largo de todo el proceso de investigación y de redacción.

Agradezco de forma muy especial a Carlos de Ayala la confianza y el ofrecimiento de un proyecto tan sugerente, a Nikolas Jaspert el apoyo y la ayuda durante mis estancias en la Universidad de Heidelberg, donde pude obtener buena parte de la documentación necesaria, y a Elena Vega y a Enrique Daza por la paciencia y por el magnífico trabajo con Ediciones de La Ergástula.

En las fases finales de la redacción he recibido la inestimable ayuda de Covadonga Valdaliso, Juan Botía y Eduardo Kavanagh, que han leído de forma crítica la obra prestándome sus ojos y su buen criterio.

Finalmente me gustaría destacar que el libro se ha realizado en el marco del proyecto de investigación *Pacto, negociación y conflicto en la cultura política castellana (1230-1516)* (PID2020-113794GB-I00) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y dirigido por Óscar Villaroel González y José Manuel Nieto Soria, y en el de la actividad investigadora del *Grupo de investigación emergente en Identidad y Territorio en la Edad Media* de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

PREÁMBULO

EL SACRO IMPERIO Y ALEMANIA

El Sacro Imperio Romano Germánico (en adelante Sacro Imperio) fue un ente político tremendamente enrevesado, con una larguísima vida y un territorio cambiante que, según la perspectiva del observador, existió durante aproximadamente mil años; desde la coronación de Carlomagno como *Imperator Romanorum* en el año 800, hasta su disolución en 1806, siendo el último de los emperadores Francisco II.

Si bien es verdad que la coronación de Carlomagno funda una larga trayectoria de legitimación y de tradición imperial en Europa central¹, el origen político del Sacro Imperio habría que marcarlo, en realidad, en el año 962, cuando Otón I el Grande, de la dinastía sajona, refundó el antiguo Imperio carolingio en el reino de los francos orientales. Es decir, una de las tres partes en que había quedado dividido el antiguo imperio tras el tratado de Verdún del año 843. En este tratado, Ludovico Pío, hijo y sucesor de Carlomagno, legó el reino franco occidental a Carlos el Calvo, Francia oriental a Luis el Germánico y el espacio intermedio (Lotaringia, parte de Borgoña, Provenza y Lombardía) a Lotario, depositario también del título imperial.

Lotario no tardaría mucho tiempo en morir y la agenda imperial que comenzó su abuelo quedaría interrumpida hasta la aparición de la dinastía sajona que, como digo, reanudó la tradición imperial después de una política expansiva en Italia, de una defensa eficaz contra las huestes magiares en la batalla de Lechfeld (955) y de una

1 En el caso de su relación con el papado, el Imperio se arroga el *Imperium* romano, pero sigue sujeto a la necesidad de ser legitimado por este.

alianza renovada con la Iglesia de Roma. A pesar de todo, estas fechas no reflejan necesariamente la percepción de sus contemporáneos, de tal manera que, en las últimas décadas, las investigaciones sobre identidades nacionales han tendido a problematizar todas las fechas propuestas para el inicio del Sacro Imperio, sugiriendo en su lugar un lento proceso que, desde el siglo IX y hasta el siglo XI, daría lugar a espacios políticos diferenciados como el francés o el alemán², aunque conviene aclarar que el concepto de *Sacrum Imperium* al que alude el título de esta obra, no aparecerá en la documentación hasta el 1157, durante el reinado de Federico I Barbarroja.

Para entender mejor la relación entre este espacio y la Europa moderna, particularmente la Europa germánica, es conveniente empezar por el final, mucho más fácil de ubicar que el comienzo, de forma que, como en la obra *Metamorfosis* de Franz Kafka, comenzaremos este libro con Gregorio Samsa convertido en un escarabajo, o lo que es lo mismo: viajaremos al año 1806 para comprender por qué Francisco II decidió disolver el Imperio y por qué esta compleja entidad geopolítica terminó transformándose en varios estados-naciones que le resultarán más familiares al lector de estas páginas.

El último de los emperadores fue coronado en 1792. En este tiempo la Revolución francesa ya había tenido un impacto notable en el resto de Europa y, por supuesto, también en el vecino Imperio, donde incluso la simbólica ciudad de Maguncia se había convertido un año más tarde y durante unos meses en la primera república democrática de la futura Alemania. Al otro lado de la frontera gala, la narrativa revolucionaria era percibida con esperanza y optimismo por una parte de la sociedad y con cierta displicencia y rechazo por la otra, fundamentalmente élites políticas y económicas, que consideraban que la protección contra el despotismo monárquico por el que se luchaba en las calles y en los campos de Francia ya se disfrutaba en los territorios del Imperio desde la Edad Media³.

2 Herbers y Neuhaus, 2010: 12.

3 Como señala Bárbara Stollberg, el poder del emperador estaba limitado por los derechos de participación de los miembros del Imperio y a la vez los

La anexión de los Países Bajos austriacos y de las Provincias Unidas por parte de Francia y el consecuente surgimiento de la República Bátava en 1795, generaron las primeras tensiones evidentes en el seno del Imperio. Prusia, hasta ese momento leal a sus aliados durante la Guerra de la Primera Coalición, firmó la paz con Francia en Basilea y se distanció de la política anti-francesa de sus antiguos socios a cambio de contraprestaciones en la orilla derecha del Rin. De esta forma y durante los años venideros, el corazón de Europa quedó dividido en dos esferas lideradas por los dos grandes reyes que aún sostenían el Imperio, esto es, entre la zona norte prusiana que permanecerá neutral ante la expansión de la Francia revolucionaria y el sur, liderado por Austria, que continuará combatiendo contra las tropas napoleónicas.

Durante las guerras de la Segunda y Tercera Coalición la presencia de Francia, muy crecida y con un poder muy superior al de sus enemigos, siguió mermando las antiguas instituciones imperiales. A partir de 1803 la mayoría de los estados soberanos que conformaban el antiguo Imperio fueron sometidos a un proceso de mediatización y de secularización acelerado.

La mediatización (*Mediatisierung*), consistía en la eliminación de los pequeños señoríos con inmediatez imperial, es decir, las pequeñas unidades territoriales autónomas, como ciudades libres imperiales, condados o abadías que dependían directamente del emperador. Todos estos territorios fueron integrados en los grandes reinos y ducados alemanes.

La secularización, por otro lado, consistió en la abolición de los principados eclesiásticos y en el reparto de sus territorios, que fueron a parar inevitablemente a manos de señores seculares.

El cambio cristalizó finalmente con la *Reichsdeputationshauptschluss* (Conclusión principal de la delegación imperial extraordinaria) que modificó las fronteras de millones de ciudadanos y de cientos de

miembros del Imperio no podían ejercer con arbitrariedad el poder en sus territorios por el control que ejercían el mismo emperador y los tribunales imperiales. Muy diferente, claro está, era el funcionamiento de las libertades individuales en el Imperio: Stollberg-Rilinger, 2020: 129-130.

ciudades. Baviera, por ejemplo, un ducado con dignidad electoral y bastante peso en el Imperio, perdió los territorios del Palatinado en el Rin y el Ducado de Jülich (entre Renania y Países Bajos), ganando a cambio nuevos dominios en Suabia y en Franconia, que incluían localidades tan importantes como la antigua ciudad libre imperial de Ratisbona, sede de la dieta donde se aprobó la ley, o el antiguo principado arzobispal de Bamberg; fruto, ambas adquisiciones, de los mencionados procesos de mediatización y de secularización.

Estos cambios, impuestos en buena medida por la presión francesa, provocaron que en 1804 Francisco II se proclamara emperador de Austria, deteriorando aún más la estructura del Sacro Imperio, pero garantizando la supervivencia de la dinastía Habsburgo, aunque fuera en un territorio más pequeño.

Poco a poco los estados más beneficiados con la presencia francesa, como Baviera y Württemberg, terminaron aliándose con su antiguo enemigo, llegando a obtener el estatus de reinos a cambio, de forma que, cuando dé comienzo la decisiva batalla de Austerlitz, en el margraviato de Moravia, los austriacos solo contarán con el apoyo de Rusia y los otrora aliados del Imperio ya habrán caído en la órbita de un nuevo emperador, que se considera a sí mismo un Carlomagno redivivo. La caída del Sacro Imperio era, como vemos, ya inevitable a esas alturas, de forma que el 6 de agosto de 1806 Francisco II declara finalmente disuelto el Imperio y corta definitivamente los lazos entre los antiguos territorios hermanos.

El año de la disolución coincide con la Guerra de la Cuarta Coalición y con la formación, auspiciada, cómo no, por Francia, de un contrapeso a Prusia y a Austria: la Confederación del Rin, un nuevo estado satélite del Imperio francés formado por Baviera, Württemberg, Sajonia, Westfalia y toda una serie de ducados y de principados del antiguo Sacro Imperio.

Prusia y Austria, que se habían convertido en rivales irreconciliables, decidieron hacer una alianza estratégica a la vista de la imparable expansión del nuevo Imperio. Rusia, Suecia y otros aliados menores se unieron a esta alianza en los campos de batalla de la actual Alemania. Para entonces, el ejército francés había llevado

a cabo una costosísima campaña en Rusia en la que buena parte de los soldados participantes provenían precisamente del antiguo Sacro Imperio.

La guerra quedó sentenciada, como se sabe, después de la cruenta batalla de Leipzig, también conocida como la “Batalla de las Naciones”, que terminó con las aspiraciones expansivas de Napoleón y con la vida de casi 100.000 combatientes.

En un giro tan poético como macabro los restos de los caídos en combate fueron utilizados décadas más tarde como fertilizante en los sembrados de Escocia⁴, como pasó con los huesos abandonados en otros tantos campos de batalla, desde Austerlitz hasta Waterloo. Poniendo de relieve, como señalaba Walter Benjamin, que el vendaval que llamamos progreso se enreda con frecuencia en las alas del ángel de la historia⁵.

Como es sabido, el emperador corso tuvo aún tiempo de regresar y de llevar el conflicto a la prórroga de las guerras, la que consiste en jugárselo todo a una sola batalla. A pesar del célebre desenlace, el futuro político del antiguo Sacro Imperio tardó mucho en decidirse.

Entre el final de la guerra y 1866 se constituyó en el corazón de Europa una Confederación Germánica, que ni era una nación, ni tenía una constitución, aunque contara con una asamblea provisional en Frankfurt y con una unión aduanera, al menos hasta el año 1834.

Con el tiempo, inevitablemente, Prusia y Austria terminaron por retomar las antiguas rencillas, de manera que en 1867 aquel pseudo-estado provisional que había salido del congreso de Viena auspiciado por Metternich, se convirtió en una Confederación Alemana del Norte que excluía a Austria a todos los efectos.

Apenas cuatro años después, el 18 de enero de 1871, el rey Guillermo I de Prusia era proclamado emperador alemán en la

4 The Spectator (7.11.1829): *A ship from Hamburg arrived at Lossiemouth last week, laden with bones, the property of an agriculturalist of Morayshire, and intended for manure. The master of the vessel states that the bones were collected from the plains and marches of Leipsic (sic), and are part of the remains of the thousands who fell in the battles fought betwixt France and the Allies in October 1813.*

5 Véase: Tesis IX, en Benjamin, 2010.

galería de los espejos del palacio de Versalles. Su nuevo imperio incluía ya a los estados del sur de la actual Alemania, pero también regiones de las actuales Bélgica, Dinamarca, Francia, Lituania, Polonia, República Checa y Rusia, muchas de las cuales tendrán presencia alemana hasta el final de la segunda guerra mundial.

Entre la invasión de la Primera República Francesa, la posterior guerra de la coalición contra el imperio de Napoleón y la simbólica fecha de 1871, el antiguo Sacro Imperio experimentó cambios de calado que evidentemente no se limitaron a conflictos bélicos y ejercicios diplomáticos. El viento revolucionario y la Ilustración se transformaron en la futura Alemania en un movimiento romántico y más tarde historicista, en el seno de los cuales intelectuales como Johann Gottfried von Herder, Johann Wolfgang von Goethe, Heinrich Heine, E.T.A Hoffmann, Friedrich Hölderlin, Friedrich Schiller, Richard Wagner o Leopold von Ranke generaron algunos de los discursos nacionalistas y germanistas que más calaron en las élites alemanas.

Las fraternidades de estudiantes, como las icónicas *Burschenschaften*, la relectura de la vida de Lutero en el festival de Wartburg, el ambiente intelectual y artístico *Biedermeier*, la vida política del *Vormärz* previo a la revolución de 1848 y la creación de las primeras cátedras de historia en las que se investigaban las instituciones y las políticas medievales y renacentistas en busca de un nuevo discurso nacional, forman parte del largo siglo XIX, una época sin la cual no se puede comprender la Europa contemporánea, pero tampoco el mundo medieval, el siglo, al fin y al cabo en el que conviven el Sacro Imperio y el Imperio alemán y en el que se cimientan las primeras narrativas sobre nuevas realidades políticas emergentes que darán paso al estado que hoy conocemos como Alemania.

ESTRUCTURA

Este libro está estructurado siguiendo un orden cronológico, desde la fundación del Imperio carolingio hasta la etapa final del reinado Habsburgo en el siglo XV. En este sentido, para facilitar

la lectura, me ha parecido conveniente dividir el contenido de la obra en cinco bloques correspondientes a las etapas políticas más destacadas de la historia del Imperio germánico, por lo que la línea narrativa principal de la obra está apoyada en los sucesivos monarcas que siguen la estela de Carlomagno hasta el final de la Edad Media.

Con esta clásica división, muy común en la historiografía alemana, se aspira a hacer la obra más comprensible, pero sin descuidar otros aspectos fundamentales que trascienden lo político y lo institucional, como la historia cultural, artística, económica, intelectual, religiosa o de género de este complejo espacio, donde el tiempo largo del corazón de Europa tomará la forma de las cuencas de los ríos Rin, Danubio y Elba, del Mar Báltico y del Mediterráneo o de la prominente cordillera de los Alpes, que ilustra la portada, y que marca inevitablemente el devenir del Sacro Imperio.

CAPÍTULO 1.

CARLOMAGNO

Y EL ORIGEN DEL IMPERIO

Disponemos de bastante información sobre la situación geopolítica de la Europa de finales del siglo VIII y de comienzos del IX gracias, entre otras fuentes, a los *Anales Laureshamenses*, redactados en vida de Carlomagno en el monasterio de Lorsch, al sur de Hessen. Estos textos, que reproducen la información de los *Anales Moselenses* hasta el 785, aportan información novedosa sobre su reinado desde el citado año hasta el 803⁶. Si nos fijamos en la entrada dedicada al año 801, comprobaremos como el redactor consideraba que, ya que tanto Italia como Galia, Germania y la misma Roma se habían sometido a la autoridad de Carlomagno, este tenía justificación sobrada para elevar su autoridad a la de un emperador romano. Esta fuente nos da una pista sobre cómo se reinstauró la tradición de los césares en occidente, y es que el nuevo imperio de Carlomagno surgió, efectivamente, como un imperio conquistado, en el que se conectó lo franco con una nueva realidad política neo-romana, pero que requería del éxito militar para mantenerse.

El peso de lo militar, naturalmente, no bastaba para consolidar esta nueva realidad. Es importante tener en cuenta el contexto político de las décadas anteriores en Italia y en las zonas circundantes a Roma.

Después de la pérdida de apoyo de los bizantinos en el año 730, debido a la disputa provocada por la reforma iconoclasta en Constantinopla y a la reacción hostil del papa Gregorio II, la Iglesia de Roma había empezado a sentir la presión de los Lombardos, lo que la forzó a aliarse con la dinastía carolingia para protegerse.

6 *Annales Laureshamenses* (Cod. 515) Biblioteca Nacional de Austria, Viena.